

## INTERVENCIÓN DE ALBERTO SAÍD RAMÍREZ\*

La tarea que ahora cumpla ha engendrado en mí una dualidad de sentimientos dada la personalidad del coordinador general del Congreso: el profesor Cipriano Gómez Lara.

Por un lado, la franca dificultad de expresar un reconocimiento, un agradecimiento que actualice la antigua ley del homenaje postulada por el genial hispano escritor Calderón de la Barca, a alguien —don Cipriano— quien es francamente enemigo de los reconocimientos públicos. Su formación austera, republicana y revolucionaria hace que repela el culto al ego. Cuando le es inevitable recibir una laudanza suele decir un principio que escuchó de una antigua mentora: “Sólo he cumplido con mi deber”. No conozco a quien le moleste más el halago rápido, pronto, sin apenas títulos y motivos. El maestro no es un cortesano.

Pero creo que enmudecer en estos momentos sería vil; por ello, aun careciendo de una solvente relación de méritos y servicios, fuerza me es decir unas palabras. ¡Gracias maestro! Por sus muchos meses de dedicación y paciencia benedictina en la organización de este Congreso, incluso de los aspectos menos atractivos: la logística. Esta es la única moneda con la que podemos pagarle: con agradecimiento, la memoria del corazón. Moneda escasa que dan y reciben los espíritus elevados.

El maestro ha tenido que enfrentar todo género de pretensiones y exigencias de propios y extraños. Muchos le hicimos ruegos o peticiones impropias, desmedidas y alguna fue francamente poco cortés. Para todos hubo paciencia.

El maestro llegó al extremo de comenzar a contestar e-mails desde las cinco de la mañana. Se sabía a qué hora empezaba el día, no cuándo acababa. Fueron cientos las llamadas telefónicas que enfrentó desde diversos lugares en los largos días de preparación.

\* Miembro del Colegio Nacional de Profesores de Derecho Procesal.

Nunca permitió que el de la voz lo presentara ante alguna autoridad como presidente del Congreso.

—Alberto, soy coordinador del Congreso —me decía con gravedad— lea usted su reglamento.

Con su esposa, doña Karin Fröde de Gómez Lara, revisó muchísimos documentos e hizo otros tantos. Fueron miles de letras, de caracteres, cada uno un soldado que fue formando el contingente del que hemos gozado, y eso que sólo hemos visto la punta del *iceberg*.

Esta formidable dupla intelectual entre marido y mujer dio sus buenos frutos. Enhorabuena.

Sin duda que la pasión es el motor que ha movido a don Cipriano. Él se refiere a muchos de los asistentes a los congresos internacionales —por haberlos tratado durante 43 años en las más variadas latitudes— como miembros de su familia. El tiempo y la simpatía los han hermanado. Yo sólo puedo quitarme el sombrero ante semejante aserto pues para mí no hay institución más sagrada que la familia. El doctor Gómez Lara ha elevado al grado supremo familiar a una de las pasiones más fuertes del ser humano, la amistad.

Finalizo. Cada quien se llevará de este Congreso un recuerdo o enseñanza seleccionada como la más grande. La mía fue observar al doctor Gómez Lara literalmente corriendo para saludar —desear salud y ofrecer sus respetos— al doctor Humberto Briseño Sierra; uno de los decanos del procesalismo mexicano, quien en su convalecencia, en una actitud viril y valiente, nos honró con su presencia. Un grande saludó a otro grande. Ya lo decían mis mayores: “No es señor quien quiere sino quien puede”. Y el doctor Gómez Lara es un señor.

¡Larga vida al maestro!

¡Larga vida a los congresos mundiales de derecho procesal, a la academia que los organiza, a su presidente y funcionarios!

Que sea en Brasil donde sigan los miembros de esa peculiar familia uniendo sus esfuerzos por la justicia, el mundo los necesita. Muchas gracias.